

EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS II *(Variaciones sobre el mismo tema)*

Sol Arguedas

Todo empezó en Vietnam. En los años sesentas. Una guerra, en la que la magnitud de involucramiento del país agresor se quiso mantener subrepticia, obligó a su gobierno (Johnson) a utilizar la maquina de hacer dólares para no echar mano de presupuestos públicos ni imponer visibles impuestos extras. La cuantía en volumen y el costo de la extravagante sofisticación del armamento utilizado, más otros elementos que se enumerarán enseguida, lesionaron y deformaron considerablemente el conjunto de la economía estadounidense, uno de cuyos resultados fue, lógicamente, inflación con todas sus consecuencias. No obstante el éxito financiero que había reportado el gran negocio llamado "Plan Marshall" en la Europa devastada por la guerra, Estados Unidos descuidó la renovación de su planta productiva; por lo menos no lo hizo en proporción a la rapidez con la que se levantaban las economías víctimas del desastre bélico. Estas, por lo contrario, se pusieron al día respecto a la ciencia y a la técnica de punta en aquel momento. El resultado fue el retraso de Estados Unidos, en cuanto a productividad del trabajo y a competitividad en el intercambio internacional, frente a los que se perfilaban ya —gracias a los aparentemente inagotables mercados estadounidenses— como colosos económicos: Alemania Federal y Japón.

Todo eso sumado provocó la consiguiente crisis en la economía estadounidense; crisis que se exportaría al mundo entero provocando los trastornos escalonados que hoy nos agobian en el Tercer Mundo; pero provocando también que se precipitara una verdadera revolución tecnológico-científica en los países de capitalismo avanzado.

La crisis no pudo vencerse de inmediato con los métodos habituales (recesión deliberada: es decir, disminución de la masa salarial y castigo al

poder adquisitivo de los salarios; innovación tecnológica, luego) porque lo impedía la fuerza de los sindicatos obreros, fuerza ganada durante el largo período de predominio del “Estado de bienestar” que había surgido como solución a la gran depresión del capitalismo de los años 29 y siguientes. Esto por una parte. Por otra, la innovación tecnológica continua, *ininterrumpida*, debida al permanente esfuerzo de la industria bélica (guerra fría, Vietnam), distorsionaba el ciclo económico. Y para acabar de desequilibrar la economía-locomotora del mundo capitalista, el creciente dominio de las empresas transnacionales —gigantescos monopolios— sobre el intercambio mundial anulaba en gran medida el libre juego de las fuerzas del mercado, a causa del comercio “intrafirmas” y por el reparto de los mercados mundiales entre sí que ellas efectúan. (Las grandes transnacionales sólo respetan las leyes de la oferta y la demanda cuando están en plan de apoderarse de un mercado nacional o regional).

La acción nociva para el sistema capitalista tradicional de estos factores —Estado de bienestar, innovación tecnológica ininterrumpida, empresas transnacionales, con sus concomitantes distorsiones del mercado clásico y del ciclo económico— provocó el nacimiento de un fenómeno inédito hasta entonces en la historia del capitalismo: la estanflación (*stagflation*) que no era otra cosa sino inflación más recesión. (Lo que ocurrió puede describirse con un viejo dicho popular: “Un clavo saca otro clavo... o se quedan los dos adentro”)

La llamada “crisis del petróleo”, es decir, las consecuencias del incremento de los precios del energético —que constituyó la más notable hazaña del Tercer Mundo por revalorar sus materias primas— significó sólo un empeoramiento de la profunda crisis que sufría el capitalismo, y no su causa principal, como quisieron hacer creer algunos comentaristas. Estamos ya por los primeros años setentas.

La creciente transnacionalización del capital —característica propia de nuestro tiempo— había propiciado, por la vía financiera, la exportación de la crisis mayor de la economía estadounidense hacia el resto de las economías desarrolladas capitalistas (Europa, en primer término). La crisis regional se ha convertido —entonces— en una crisis generalizada del capitalismo, no

sólo por su difusión geográfica sino por la imposibilidad de vencer la estancación; crisis que para no pocos observadores se presentaba como más difícil y peligrosa que la gran depresión de los años 29 y siguientes que hizo cambiar el rumbo del capitalismo mundial.

Finalmente la crisis llegó al Tercer Mundo, donde, especialmente en América Latina, se desató con extremada virulencia gracias al abultamiento usurario de la deuda externa.

Al igual que en los años treinta, el capitalismo se aboca entonces a la necesidad de una resuelta transformación, una verdadera mutación en su proceso evolutivo (“del tamaño del sapo debe ser la pedrada...”). Comprendiendo por fin —después de tanto desconcierto en los medios empresariales y en los académicos— cuáles son los orígenes de la estancación y los verdaderos obstáculos para vencer esta insólita crisis, se libra una monumental y exitosa batalla contra el Estado de bienestar, abatiendo previamente la fuerza que lo sostiene: los sindicatos obreros; se abre la posibilidad —ya que el adversario, por sus propias razones, siente la misma necesidad— de terminar con la guerra fría y su correlato: la carrera armamentista; se intensifica, por el poderío de las empresas transnacionales, la tendencia hacia la formación de un solo mercado y una economía única mundiales (a costa de las funciones tradicionales de los Estados nacionales). Se ha configurado para entonces una nueva política económica que se conoce bajo el nombre general de “neoliberalismo”, el cual aporta el fortalecimiento de la derecha política y del discurso ideológico conservador.

La deuda externa de los países del Tercer Mundo se convierte en el instrumento idóneo para efectuar una doble operación: *económica*, para financiar, mediante la transferencia de capitales del sur al norte, la revolución tecnológica en que se ha convertido la necesidad de innovación en este ramo; *política*, para doblegar las voluntades soberanas de las naciones débiles deudoras y obligarlas a ejecutar la “modernización” de sus economías; modernización que no es sino la aceleración de cambios económico-sociales y político-filosóficos en sus sociedades para adecuarlas al gran proyecto estadounidense del nuevo orden económico (y político) mundial que se está imponiendo rápidamente.

Estamos ya en los años ochentas. Para entonces las economías capitalistas avanzadas, con la estadounidense a la cabeza, se han recuperado de la crisis y han entrado en un período de gran auge económico, mientras el Tercer Mundo se hunde más y más en la miseria y en la desesperanza. Nunca había sido tan evidente, como ahora, la naturaleza voraz, usuraria y despiadada del capitalismo. Nunca había sido tan evidente, como ahora, que, en el capitalismo, el bienestar de unos lo tienen que pagar siempre otros.

Visto desde otro ángulo —otro mirador— el panorama se presenta así: para el pueblo de Estados Unidos, Vietnam representa, además de la derrota militar y el desastre económico, una profunda depresión moral. Pero el llamado “síndrome de Vietnam” y el bochornoso escándalo de *Watergate* no explican por sí solos el sentimiento de inferiorización que se sufre nacionalmente; contribuyen con su parte para hacer perder a Estados Unidos hegemonía mundial e intensificar en su pueblo aquel sentimiento de frustración, por una parte la inquietante disminución de competitividad en los mercados internacionales; por otra parte, comprensibles resistencias a la reconversión industrial, más las complejidades del proceso mismo de la reconversión, abaten la productividad del trabajo; además se resiente la paulatina desnacionalización de importantes sectores de su economía mediante la penetración de empresas transnacionales de matrices extranjeras, penetración favorecida por las políticas liberacionistas surgidas en el seno de la renombrada “Comisión Trilateral”, la que por entonces está en el pináculo de su poder y de su influencia. Estamos ya en los días de la presidencia de James Carter.

Un continuo achicamiento interno de la industria “nacional” por excelencia —la automovilística— junto al predominio de los japoneses en este campo, dentro del propio Estados Unidos, fue ya demasiado para el orgullo estadounidense. (Debemos recordar que así como la de los tejidos fue la industria básica sobre la que se levantó el soberbio imperio inglés, el no menos arrogante imperio estadounidense lo hizo sobre la industria del automóvil).

Estaban, pues, dadas las condiciones para que el discurso electoral de Ronald Reagan —llano y simplista como el de Hitler en su lugar y en su momento— tuviese el éxito que tuvo al prometer, a una nación profundamente

desmoralizada, recuperar el primero entre los primeros sitios del concierto internacional.

Por poco casi cumple su promesa Ronald Reagan; por lo menos acaba con el espíritu derrotista en su nación; pero a un precio tan excesivo (para ellos y para el resto del mundo), que bien puede pensarse que los enormes déficit presupuestal y comercial de la economía estadounidense acelerarán la descomposición del imperio cuando ya nuestros países subyugados no den más de sí, es decir, cuando ya no sea posible —literalmente hablando— seguir extra-yéndoles capitales para financiar aquellos déficit, y cuando Estados Unidos pierda guerras comerciales frente a otras economías “más sanas” y más sólidas desde el punto de vista capitalista. Va siendo cada vez más difícil, para los estadounidenses, seguir gozando alegremente de niveles de vida superiores a su capacidad económica.

Cuando les llegue el día del inevitable ajuste en su economía, la nación del “destino manifiesto”, “el gendarme internacional”, la campeona de “la libertad y la democracia”, quizás se vea compelida a cometer la mayor estafa que se haya visto en todos los tiempos: el cínico repudio de su deuda externa. (Es, Estados Unidos, el mayor deudor en el mundo actualmente). Por inverosímil que pareciera tal hipotética situación, hay que considerar, fría y objetivamente, que no hay infamia imaginable que no sea capaz de cometer Estados Unidos en aras de defender o privilegiar sus intereses económicos: la historia lo ha demostrado. Además, ¿quién lo impediría?

Mientras tanto, Estados Unidos está utilizando a un México ya doblegado ante sus designios para acabar de absorber —“integrar” es un compasivo eufemismo— los recursos naturales y humanos de América Latina. La “integración” económica del hemisferio —integración propiamente dicha de América del norte (Estados Unidos, Canadá y México) y el resto (América del sur) como “apoyo”— sería la tentativa fortaleza que Estados Unidos opusiera a una Europa unificada y a una región asiática hegemónizada por Japón. (Se debe considerar que, aun aceptando la opinión de algunos comentaristas sobre la preferencia de Estados Unidos por la apertura total de los mercados internacionales, y no por la formación de bloques económicos regionales, no le va a ser posible sustraerse a esta última realidad que ya está imponiéndose).

La espectacularidad del derrumbe del dominio soviético sobre la Europa oriental, más los sorprendentes cambios en la propia Unión Soviética, desvían la atención pública de otros cambios que está experimentando el mundo occidental y que, cuando sean vistos con la perspectiva del tiempo, se juzgarán como más amplios, profundos y significativos que cualesquiera otros en esta época, porque las transformaciones en la parte socialista se encaminan a construir un nuevo sistema económico (con la consiguiente modificación ideológica) en la región, mientras las transformaciones en la parte occidental están abriendo las puertas a una nueva civilización para el mundo entero. (Y son precisamente estas transformaciones en Occidente las que determinaron la aceleración de los cambios en la parte oriental).

Me estoy refiriendo a la revolución científico-técnica que barre el siglo XX para recibir el siglo XXI. (Hablo de “siglos XX y XXI” en sentido figurado, como símbolos, y no en su sentido habitual de limitaciones cronológicas).

La decisiva transformación tecnológica fue el Frankenstein creado por el capitalismo en apuros a partir de la crisis económica de los primeros años sesentas (o últimos sesentas). La necesidad de “innovación tecnológica” durante el proceso usual para vencer una crisis periódica capitalista precipitó la revolución tecnológica que hoy presenciamos, gracias a la acumulación de conocimientos científicos y técnicos inducidos por las exigencias de la carrera armamentista, principalmente. Tal cambio cualitativo, desembocado en una verdadera revolución terminó por supeditar a ella todos los fenómenos económicos, políticos y hasta ideológicos en esta última parte del siglo XX. Se precipitó como un gigantesco alud sobre toda actividad humana, al punto de que actualmente es imposible efectuar un análisis en cualquiera de las ramas de las ciencias sociales, o de las naturales y las exactas, si no se parte, explícita o implícitamente, del hecho fundamental de la tercera revolución científico-técnica en la historia de la humanidad, en curso hoy en vertiginoso desarrollo. Existe tal identificación entre ambos conceptos que decir “siglo XXI” equivale a decir “una nueva civilización”.